

Poco pobre nada
Oscar del Barco
Alción Editora

Fue a lo mortal para algo
Oscar del Barco

“Y ellas se fueron huyendo del sepulcro, porque les había tomado temblor y espanto; no decían nada a nadie porque tenían miedo” (San Marcos, Capítulo 16, Versículo 8).

Lo que ha sido y ya no es. La diferencia entre ese ya no de los dioses que se han ido de Hölderlin, y el todavía no de aquel que viene. Las dos Marías, la Magdalena y la madre de Jacobo y Salomé van a ver al muerto, pero el sepulcro está vacío. Un logos amoroso transforma los signos en una trama. Ellas llegan con aceites aromáticos para ungirle, ya salido el sol y bien temprano; es el primer día de la semana. Entradas en el sepulcro ven un mancebo sentado del lado derecho, cubierto de una larga ropa blanca, y se espantan. La perplejidad, lo que declina, la prórroga del acto bajo el continuo temporal de la opresión. Un miedo intenso las impulsa a huir, y sin embargo no son ellas las que han salido de escena. Un horror causado por un espectáculo terrible. Él no está donde ellas iban a buscarlo. En su lugar, la piedra grande está revuelta, los lienzos echados, el sudario que había estado sobre su cabeza, está envuelto en un lugar aparte. Él dice, Mujer, ¿por qué lloras? ¿a quién buscas? Perpleja, María Magdalena lo llama Maestro. Y él: no me toques porque aún no he subido a mi Padre.

Perpleja, turbada. La raíz del griego *plezzo* alude a golpear y en latín *pléctere*, a herir. El plectro era la púa con que los antiguos tocaban los instrumentos de cuerda, y es también la inspiración o el estilo peculiar de cada poeta. Oscar del Barco se pregunta, *de quién/ la hora/ de quién/ porque abandonamos todo para recoger/ sólo un eco/ no hay nada/ no traten de tocarlo/ porque no puede ni quiere.*

Desarraigado, des- situado, en vilo, una salmodia gradual de cadencia monótona atraviesa los límites del discurso, intenta bajo un estupor casi penitencial romper el círculo.

Desasida, la fugacidad se mide por el afecto del trazo, su escasez. Esa es la lógica de lo siniestro, recorrer el tiempo de la caducidad sobre los escombros, bajo el luto demarcado por aquella drástica reducción. Poco, dice Oscar del Barco, pobre. *En lugar de palabras oigo ruidos secos. Acaso van/ o vienen.*

Es de mañana y todavía está oscuro. Es el primer día de la semana. La piedra quitada del sepulcro. Pero las palabras no están. Poco pobre nada. Ante el abismo del vacío ¿cómo sería si los seres humanos nunca hablaran la palabra que tienen en la punta de la lengua? *Ningún nombre en la tumba vacía*. Un sueño es lo que no está. Ese verbo que es el soñar se hace sustantivo en la vigilia del nombre. Entonces, el nombre es una preparación. Es como llegar a un país extranjero y no entender, todavía, dice San Agustín; como si se tuviera un lenguaje y no fuera ése.

Rondar el extravío. Desterrarse. Es cuestión de escoltar algo que está por venir. Oportunidad de algo que todavía no se sabe. El hueco, la hendidura donde María vive el estupor como aplazamiento. La *Eibahnstrasse* de Benjamín, la calle de sentido único es la salida de lo paradisíaco por la pobreza. El presente se cifra en el pasaje, en franquear una frontera. Leer astillas.

Espantada, María, sabe de la destrucción de los nombres. Démosle tiempo para que afirme sus silencios fuera del estallido de la crisis. Esa es la síncope, el ritmo que habla de un amor por el fragmento. Así se da el poeta dándole ocasión a la palabra. En relación al orden de lo calculable, aquel que estuvo debajo de la piedra se hace extranjero, heterogéneo. La palabra llega luego de agotar las razones.

¿Dónde está María cuando abre el sepulcro y no lo ve? ¿Dónde se va, deshabitada? En temblor y espanto, no decía nada a nadie porque tenía miedo. ¿Es demasiado tarde para la palabra? Replegada sobre sí con el desamparo como única posesión. Un lugar imprevisto, un movimiento hacia otra cosa, un golpe de objeto que desconcierta la mirada. El poeta sabe que la palabra perro, muerde. Algo se desprende. María Magdalena, María madre de Jacobo, Oscar del Barco, cada uno en su soledad, horadados de una mirada que no alcanza, sin el amparo de la distancia, ni del olvido.

Trama de una dispersión, espacio para palabras todavía no pronunciadas. En el umbral, se balancea una forma de casi no existir. Tomada por una historia que se le mete en el cuerpo y le invade las entrañas. Un escozor, un tormento. Algo que, cuanto más intenta decir, más se le escapa. Una intensidad sin traducción. Un torrente quieto. ¿Podría ella tatuarse sobre el brazo la frase que dijera: Por siempre, aquí?

“Para resistir. Una frase para despistar. Tenés una frase con la que podés contar una historia. Tenés una frase que podés masticar cuando estás hambriento. Una frase con la que podés hacerte el loco, con la que podés volverte loco. Una frase para estar loco. Para seguir loco. Una frase para pasearte. Para confundirte. Para vacilar. Para contar tus pasos.”

Peter Handke

Kaspar

Casi fundida en el escenario ella prueba la desaparición. Poco pobre nada. Casi. Adverbio del conflicto, de lo que nunca se completa, de lo que no termina.

Situados a la orilla de la muerte, los versos de Oscar del Barco arden en un estado de fulguración. La voz nos pone en el juego, en ese trasvase de calor o de luz, nos propone su regla; una exaltación que es pérdida, mística de una afirmación trágica.

Verás sin ver/ hablarás sin hablar/ morirás sin muerte/ en lugar de palabras oigo ruidos secos.

Miedo a la orilla sin ti.

Del sujeto plural. Del sujeto del exilio. De lo que sabe el materialismo acerca de la destrucción del orden. De arreglárselas con poco. De eso se trata. De un más allá del amor de la infancia por la redención. De pecar, de ser pobre. Pecar.

¿Cómo se torna culpable el inocente? Las dos Marías dejan atrás la inocencia de ignorar la nada. En el límite suspendido de la desesperación deben caer en el re- cuento de la temporalidad. Redención o culpa. Si la culpa es una deuda y la redención un pago en nombre de otro; alguien habla o es hablado, piensa o es pensado por otros.

“Entonces, es esto el infierno, dice Sartre en *A puertas cerradas*, no lo hubiera creído nunca. El infierno es los Otros.” Una de las acepciones de culpa es llamar a capítulo; porque una vez caído, una vez que el hombre sabe decir la palabra: desnudo; reza, y del Barco escribe *qué hacer/ con las palabras/ si nadie/ habla*.

Quizás ese *qué/ será* final del libro proponga una respuesta posible: Lo que Tarquino el Soberbio en su jardín quiso dar a entender con las amapolas lo comprendió el hijo, pero no el mensajero.

Poco pobre nada es la experiencia de un desprendimiento. El ritmo del poema se precipita saliendo al encuentro de la palabra, confinando a la amante de los bosques y las colinas. Aquella aficionada a hablar que tenía siempre la última palabra; Eco. Aquella sentenciada por Juno a perder el uso de la lengua excepto para eso que tanto le gustaba, replicar. “Seguirás teniendo la última palabra, pero no podrás hablar antes”, condena que se actualiza cuando se enamora de Narciso. ¿Cómo deseaba dirigirse a él con el más dulce acento y conversar! Pero no estaba en su mano. Esperó con impaciencia que él hablara primero. Y cuando él preguntó ¿Quién anda ahí? Eco respondió: Ahí. Su cuerpo se extinguió por el dolor hasta que su carne desapareció. Sus huesos se convirtieron en piedras y nada quedó de ella excepto su voz.

Pliegue, borde que hace de contorno a la distorsión. Si Átropos, la muerte, es la que no se mueve; dis- torsión es lo que se tuerce o se arquea trastornado, un lazo discontinuo que, intermitentemente, se entrecorta.

Abrazar, abarcar, derivados de *pléctere*, trenzar, entretejer, complexión, plexo, perplejo.

Sujeto de la mudanza, el más efímero, filósofo y poeta, Oscar del Barco sueña la época sucesiva. Lejos de la utopía estética de la consolación, lo no recompuesto del tiempo, construye.

la palabra

vacía

la tierra

vacía

nada

de nada

de nada

(sólo)

el canto.

Ana Arzoumanian